

así es que los cristianos de Europa no eran menos odiosos y maltratados por los griegos que por los árabes y sarracenos de Oriente.

En el siglo XI fué cuando los viajes á Jerusalem se hicieron más frecuentes y mucho más numerosos, por cuanto en dicha época se tenía y consideraba que no era buen cristiano quien dejase de visitar los Santos Lugares (1), á pesar de que se tuviera que experimentar la molestia, incomodidad y peligros de tan largo viaje, además de sufrir el maltrato y barbarie de los infieles.

Lo más sensible de todo era ver cómo continuamente llegaban á las puertas de la santa ciudad millares de peregrinos de toda edad y sexo, de diferentes naciones, á los cuales se impedía entrar en ella y cumplir sus votos, devoción ó penitencia, si no pagaban por tributo ó derecho de entrada á la codicia musulmana un escudo de oro por persona, pues de lo contrario tenían que permanecer al pié de las murallas, expuestos los pobres peregrinos á los brutales insultos de los infieles, y también á la carestía absoluta de todo lo necesario para la vida.

En el año 1011, gobernando la Iglesia el papa Sergio IV, el fanatismo musulmán ejecutó uno de aquellos actos vandálicos que llenan de horror é indignación á todo corazón recto y sensible; este acto fué la demolición de la iglesia del Santo Sepulcro, la misma que había sido mandada edificar por santa Elena y por su hijo el gran Constantino. La crónica del monje Raoul Glaber explica este suceso diciendo: «La iglesia del Santo Sepulcro fué destruida hasta los cimientos por los soldados que envió para dicho objeto el sultán de Babilonia. Una vez destruida la iglesia, los soldados intentaron con sus mazas de hierro romper la gruta del Santo Sepulcro; sin embargo de los esfuerzos que hicieron, no lograron conseguir su criminal objeto.»

En el mismo año la madre de dicho sultán, que era cristiana oculta, llamada María, facilitó los medios para que se reedificase aquella iglesia, contribuyendo á tan laudable objeto muchos fieles de diversos países que se hallaban en Jerusalem, unos con sus limosnas, y otros empleándose en los trabajos de la reedificación del templo.

La noticia de la destrucción de este causó una verdadera consternación en Europa, y como se divulgase que los judíos de Francia habían sido los que excitaron al sultán de Babilonia para que mandase destruir aquella iglesia, de ahí que los soberanos de Occidente, indignados contra los judíos que residían en sus estados, expidieron edictos de extrañamiento general contra ellos. Con este motivo el pueblo intervino, y fue espantoso su enañosamiento contra los judíos; un número crecidísimo de aquellos

(1) Fleury: Hist. Eccles., lib. 61.

infelices fueron bárbaramente asesinados, y no pocos prefirieron suicidarse antes de caer en manos de un pueblo sediento de su sangre; y solamente se calmó la efervescencia y cesó el degüello y la persecución, cuando llegó la noticia de la reedificación de la iglesia ordenada por la madre del sultán de Babilonia.

A mediados del siglo XI los califas de Egipto, entonces soberanos de la Palestina, permitieron que los cristianos griegos, que eran sus vasallos, pudieran establecerse en Jerusalem; y á fin de no confundirse con los musulmanes, el gobernador de la ciudad les señaló el barrio más cercano al Santo Sepulcro para lugar de su residencia. En aquella misma época algunos comerciantes italianos habiendo experimentado la dureza y malos tratamientos de griegos y musulmanes, proyectaron establecer en dicha ciudad un asilo seguro para los peregrinos de Europa, que les librase del fanatismo de los mahometanos y de la pertinaz aversión de los griegos cismáticos.

Estos piadosos comerciantes eran de la ciudad de Amalfi (Nápoles). Aunque se hallaban bajo la dominación de los emperadores griegos de Constantinopla y su comercio les obligaba á pasar todos los años á Egipto; merced á los ricos géneros y mercancías que llevaban de Europa, pudieron introducirse hasta la corte del califa Moustafor-Billah, y por medio de regalos hechos á sus ministros y altos dignatarios de palacio, alcanzaron para los cristianos latinos permiso de establecer en Jerusalem un hospicio inmediato al Santo Sepulcro.

El gobernador de la ciudad por orden del califa señaló el terreno para aquel piadoso objeto (1048), é inmediatamente se edificó, al mismo tiempo que el hospital, una capilla que tomó el título de Santa María de la Latina para distinguirla de las iglesias del rito griego, en la que se establecieron algunos monjes de la orden Benedictina. Al poco tiempo se edificaron cerca de este convento dos hospicios para albergue de los peregrinos de uno y otro sexo, sanos y enfermos. En cada uno de ellos había su correspondiente capilla, la una bajo la invocación de san Juan el Limosnero, y la otra dedicada á santa Magdalena.

Algunas personas seglares venidas de Europa, y poseídas del celo y fervor de los primitivos cristianos para visitar los Santos Lugares, deseando apartarse del mundo y ejercer la caridad, renunciaron volver á su patria, y se dedicaron á la laudable misión de ocuparse en el servicio de los enfermos, de los pobres y de los peregrinos fundando una casa, dirigida y gobernada en cuanto á lo administrativo y espiritual por los monjes, de la que puede decirse que con el tiempo vino á ser cuna de la célebre orden Hospitalaria llamada de San Juan de Jerusalem, de Rodas y después de Malta.

El establecimiento se sostuvo por mucho tiempo con los recursos que



los mercaderes de Amalfi recogían en Italia, y que depositados en manos de aquellas personas piadosas, servían para hacer frente á las necesidades de los enfermos, pobres y peregrinos. El cristiano latino era recibido y alimentado sin distinción de país; se vestía al despojado por los ladrones, los enfermos eran cuidados con esmero, y cada miseria hallaba en la caridad de los hospitalarios providencia y misericordia sin límites. Este benéfico establecimiento que tantas lágrimas enjugaba, tantas miserias socorria, tantos bienes dispensaba al infortunio y á la desgracia, subsistió algunos años merced al sacrificio de los que le sostenían, hasta que una nueva catástrofe vino á trastornar la Palestina. Cuando según el juicio humano se consideraba sólido y estable este hospicio, cuando apenas habían pasado 17 años de su fundación (1), pareció que iba á desaparecer con el funesto acontecimiento de la invasión de la Palestina por los turcomanos, los cuales conquistaron por sorpresa á Jerusalén pasando á cuchillo la guarnición del califa de Egipto. Esos bárbaros pertenecían á la Tartaria, situada entre el Cáucaso y el río Tanais, lago Meótides y mar Caspio. Durante las guerras de los sectarios de Mahoma y los griegos combatieron por los primeros, abrazando aquella secta; pero con el tiempo se multiplicaron de una manera tan extraordinaria, que se emanciparon de la dominación árabe, pero sin dejar el mahometismo. Otras tribus y pueblos de la misma nación, habiendo pasado el Jaxastes y atravesado el Mauranahar, se juntaron con los turcomanos, y llegando hasta las riberas del Oxo penetraron hasta el Corasan.

Los turcomanos con el apoyo de tanta gente quisieron emprender grandes conquistas, y para llegar á su ejecución formaron tres grandes ejércitos, designando por jefes á Togrul-Beg, que, aunque salido de una nación feroz, no tenía nada de bárbaro, sino la audacia, ignorancia y desprecio del peligro, y además era pródigo en la recompensa para el soldado valiente, así como cruel con el cobarde. Este fué el que bajo el título de jefe de los Emires ó Sultan, á la cabeza de su ejército en 1055, se apoderó de Bagdad, grande imperio de los califas árabes.

El otro general, primo del anterior, se llamaba Jafer-Beg, el cual se amparó de Quirnau, de la costa de Persia é Indias de Culmise. El tercer general, también primo de Togrul-Beg y de Jafer, desde 1050 con sus victorias se había hecho reconocer por soberano de la mayor parte del Asia menor y de la Anatolia, estableciendo su califato en Iconium. Togrul-Beg murió en 1063, sin dejar descendencia, por lo cual le sucedió en el gobierno su sobrino Alubarslan, quien no fué menos valiente que su tío. Dicho sultan, después de haber alcanzado una señalada victoria y derrotado por

(1) Guillermo de Tiro: Hist. 1. 1, 1050 de la era cristiana.

completo á los griegos, hizo prisionero al emperador Diógenes. Las conquistas de estos ejércitos fueron tan rápidas, que en poco tiempo dominaban las provincias más distantes del Turquestan, sujetando la Arabia Feliz y la Siria, y por medio de sus atrevidas empresas arrojaron á los sarracenos de la Palestina y se apoderaron de Jerusalén (1065).

Imposible es describir los horrores y crueldades cometidas por los conquistadores; la guarnición que tenía en la ciudad el califa de Egipto, como hemos indicado, fué pasada á cuchillo; los habitantes y cristianos no alcanzaron mejor fortuna; muchos fueron pasados al filo de la espada; el Hospital de San Juan fué saqueado, y el Santo Sepulcro del Salvador no se hubiera librado del furor de los bárbaros, si la avaricia no hubiese dominado su impiedad. Sabida por ellos la devoción que los peregrinos cristianos tenían por el Santo Sepulcro, lo respetaron á fin de obtener grandes sumas de los que le quisieran visitar (1).

Sin embargo los infieles, para satisfacer su avaricia y al propio tiempo su odio contra todo lo que tenía relación con el cristianismo, aumentaron los tributos y los vejámenes, de manera que los peregrinos, después de haber sufrido las incomodidades de un largo y penoso viaje y gastado todo su dinero, se veían maltratados y despojados por los ladrones, muertos de hambre y consumidos por toda suerte de miserias, imposibilitados para satisfacer los excesivos tributos, sucumbiendo muchos á las puertas de Jerusalén, sin poder alcanzar de aquellos bárbaros el consuelo de ver siquiera, antes de dar el último suspiro, el Santo Sepulcro, único objeto de sus deseos y de tan larga peregrinación.

Los europeos que felizmente se habían escapado de tan crueles vejaciones, al llegar á Occidente no dejaron de pintar con vivos colores la triste y lamentable situación de Jerusalén, representando con patéticas y sensibles palabras la indignidad y deshonor que á los cristianos alcanzaba al tolerar que los Santos Lugares permaneciesen bajo la dominación de los infieles. Sin embargo á pesar de esto y de los muchos riesgos á que se veían expuestos los peregrinos diríase que con el tiempo iba creciendo el fervor de los cristianos, los cuales procuraban suplir con el número la falta de protección. Así es que, entre otros ejemplos que podríamos citar consta que en el año 1054, el obispo de Cambray se puso en camino para la ciudad santa al frente de 3,000 peregrinos de Picardía y Flandes; pero esta tropa, que los historiadores designan con el nombre de *ejército del Señor*, fué muy mermada en Bulgaria, tanto por el acero de los enemigos como por el hambre y fatigas del viaje. También en 1064 otra peregrina-

(1) «Soli etiam Dominici Sepulchri templo ejusque cultoribus christianis parcebant propter tributa quæ ex oblatione fidelium assidue eis fideliterque solvebantur, una cum ecclesia S. Mariæ ad Latinos quæ etiam tributaria erat.» (Al. Aquen., 1. 6, pág. 281.)



cion partió de las orillas del Rhin con el mismo piadoso objeto; pero asimismo experimentó grandes trabajos antes de llegar á Jerusalem.

Tampoco de esta suerte lograron los cristianos sustraerse á los peligros pues los musulmanes, ávidos de riquezas, interceptaban los caminos que conducian á la ciudad santa, para despojar á los peregrinos por cuyo motivo hacíanse dificultosísimas ó casi imposibles las peregrinaciones, aun las mas numerosas, como de ello se vió notabilísimo ejemplo durante el pontificado del papa Alejandro II y año de 1070, en que aconteció que el arzobispo de Maguncia llamado Sigifredo y el obispo de Bamberg Roberto, enardecidos por la fe y piedad, resolvieron visitar los Santos Lugares de Jerusalem, y como publicasen en sus diócesis respectivas semejante peregrinacion, muchos fieles determinaron unirse á ella, de manera que se reunió para dicho efecto un gran número de fieles cristianos, unos 7,000. A su frente se pusieron grandes personajes, entre los que se distinguan Oton de Ratisbona y Guillermo de Utrech. Llevaban consigo riquezas y equipajes de gran valor, é iban todos magníficamente vestidos, llamando con ello la atencion de los pueblos por donde pasaron.

Al llegar á Constantinopla saludaron al emperador Constantino Ducas, que les recibió con agasajo, y después de haber visitado el suntuoso templo de Santa Sofia, partieron para la Siria; mas al pisar la tierra de los infieles, una nube de árabes, impulsados por la codicia, acometió á los peregrinos para robarles y asesinarlos, pero estos no se acobardaron, sino que resistiéndose procuraron ampararse de un pueblo cercano, y allí con valor se defendieron y fortificaron del mejor modo que les fué posible. Bloqueados por espacio de algun tiempo; como hubiesen ya apurado todos los víveres, y no les quedase otro medio que la rendicion, pues los sitiadores eran más de 12,000 hombres, pidieron capitulacion. Admitida ésta por los bárbaros, su jefe principal penetró en el pueblo acompañado de diez y siete de los oficiales mayores, no sin mandar antes que nadie más se acercase á las puertas de la poblacion. El Jefe árabe entró donde estaban alojados Sigifredo arzobispo de Maguncia y Roberto obispo de Bamberg, los cuales le ofrecieron todas las riquezas que llevaba consigo la peregrinacion, con tal que les permitise proseguir el viaje sin inquietarlos nuevamente. La contestacion del caudillo de los árabes fué digna de la barbarie de su secta: «No quedareis libres, le sdijo, á pesar de apoderarme de todo, sino que después de despojaros deseo beber vuestra sangre.» Aún no habia acabado de proferir tales palabras, que, quitándose el turbante y desatándolo, sujetó con él por el cuello al obispo de Bamberg. Este, que era jóven y de arrogante figura, á pesar de su mansedumbre, al verse tratado de un modo tan indigno, descargó tan terrible bofetada en el rostro del árabe que éste cayó al suelo; y gritando á voces «Socorro,» acudieron los cristianos, los cuales se apoderaron del caudillo y demás oficiales que le habian acompañado asegurándolos con cuerdas.

Al notar los enemigos la tardanza de su caudillo y oficiales en salir del pueblo, sospecharon que habria ocurrido algo grave contra ellos, y se amotinaron, tratando de avanzar y asaltar el pueblo. Los cristianos mostraron en primera fila al caudillo árabe y demás oficiales con un hombre á cada lado de ellos con espada en mano, y amenazaron á los enemigos que si daban el asalto, su jefe y demás serian al momento degollados.

A tal espectáculo, atemorizados los árabes, que temian por la vida de sus jefes, no se atrevieron á dar el asalto. No obstante, más triste y desesperada se hacia cada dia la situacion de los peregrinos, á quienes no era posible tener esperanza alguna de socorro, hallándose en un país completamente enemigo de los cristianos. Sin embargo, contra todo lo que podia esperarse, se vieron libres de aquel gran peligro que les amenazaba, por cuanto el gobernador turco de Ramleb, se presentó al frente de numerosas fuerzas para combatir á los árabes, que no eran otra cosa que bandidos y ladrones, y libertar á los peregrinos. Los árabes á la aproximacion de los turcos emprendieron la fuga, quedando salvos los cristianos. El jefe de los turcos libertadores, no solo mostró su agradecimiento á los cristianos por haberse resistido con tanto valor á aquellos ladrones públicos, sino que á más, mediante una recompensa, concedió á los cristianos una fuerte escolta de tropas regulares que les acompañase con toda seguridad hasta Jerusalem.

Así llegaron los peregrinos á la santa ciudad, donde fueron recibidos con grande entusiasmo por el patriarca Sofronio, anciano venerable que salió al frente de una procesion compuesta de sirios y latinos para recibir á los cristianos y acompañarles á la iglesia del Santo Sepulcro del Salvador. Los peregrinos visitaron con dolor y lágrimas las ruinas de las iglesias que habia mandado destruir el califa fatimita Haquem, y tanto los dos prelados como los barones y demás peregrinos dieron cuantiosas limosnas para la reedificacion de las iglesias destruidas.

Cumplido su propósito, la peregrinacion, en vez de volver por tierra, se embarcó en una flota genovesa que la condujo á Italia, desde donde los peregrinos regresaron á pié á Alemania, refiriendo en todas partes cuanto les habia acontecido. La noticia de este hecho y demás circunstancias llegaron á oídos del papa Gregorio VII, sucesor Alejandro II, quien movido por el celo de la gloria de Dios, se propuso afianzar en adelante la seguridad de los peregrinos que quisieran visitar los Santos lugares y al efecto propuso la idea de una gran cruzada contra los musulmanes, que al mismo tiempo que asegurase la libertad y seguridad de los cristianos de la Palestina y de los que en peregrinacion se dirigian á Jerusalem, libertase á Europa de los ataques con que le amenazaba el cada dia más creciente ardor guerrero de los musulmanes. Mucho tiempo hacia que se hablaba de la organizacion de grandes ejércitos para emprender la cruzada, esta



idea renacia cada vez que se tenían noticias de un nuevo atropello, cada vez que los peregrinos volvían de Jerusalén y narraban sus padecimientos, los peligros de que habían escapado, los insultos sufridos; así es como se comprende que bastara la nueva de los desgraciados acontecimientos ocurridos á los peregrinos alemanes, para que luego surgiera el propósito de suscitar una cruzada contra los infieles. Quizá no era esta la razón de mayor peso que llevó el ánimo del esclarecido pontífice tan grande idea. Gregorio VII antes de subir al pontificado, y con mucha mayor razón al ceñir la tiara, tuvo fijo en su mente un plan inmenso, al cual dedicó toda su energía, su excepcional inteligencia, aquella firmeza de voluntad que le grangeó uno de los primeros puestos entre los más grandes caracteres de que habla la historia; Gregorio VII vivió para devolver á la Iglesia su esplendor perdido, purificándola de la corrupción que manchaba algunos miembros de ella, arrancándola de la tiranía bajo la que la tenía sujeta el poder temporal. La armonía entre ambas potestades quedaba rota ya de mucho tiempo; pues no es armonía sino esclavitud, no es orden sino desorden la sujeción del poder espiritual al terreno. El gran pontífice luchó sin descanso, sin tregua, tanto contra la corrupción en las costumbres, como contra la simonía, como contra las imposiciones degradantes del Emperador de Alemania: cayó, al fin, este vencido moralmente en Canosa; pero la obra aun no estaba completa.

El Oriente de Europa sujeto á los decaídos Emperadores que aun dilataban la dominación romana en inmensos territorios, resto del gran imperio que dominó al mundo; el Oriente yacía ya en la herejía. Sacerdotes ambiciosos, auxiliados por Emperadores tan ambiciosos como ellos, rompieron la unión con la Iglesia Romana y el cisma dominaba en todo el Oriente. A la mirada de Gregorio VII no se podía escapar el grande daño que de esto se seguía á la Iglesia; y él, el grande reformador que no deseaba más gloria que la de Dios, ni más bien que el de su Esposa, aspiraba con todo el vigor de su alma al logro de la unión de la Iglesia Latina y la Griega, para que unidas bajo una misma fe y á la voz de un solo Pastor volvieran á formar un solo rebaño. Un hecho inesperado abrió á los ojos del pontífice un nuevo horizonte. Los turcos selyucidas avanzaban triunfantes contra el Imperio de Oriente debilitado por una espantosa decadencia, presa ya de aquellos síntomas de languidez que hacen adivinar el próximo fin de una nación. El Emperador Miguel Parapinacio, temeroso de la oleada invasora que se dirigía contra sus pueblos, desesperando hallar en estos la fuerza que necesitaba para contrarrestar á los turcos, deponiendo sus odios contra la Iglesia Latina, acudió al Papa, como único poderoso de quien podía esperar el necesario auxilio, para que convocando en torno suyo los príncipes cristianos, suscitase una cruzada contra el poder musulmán: en cambio prometía por su parte, cesar desde luego en el

cisma y volver, en lo espiritual, su imperio á la obediencia de Sumo Pontífice.

El ánimo de Gregorio VII, halagado por una parte con tan bellas promesas y por otra amargado con las tristes narraciones que los peregrinos hacían de las penalidades y violencias á que se les sujetaba en Palestina, aceptó desde luego la idea de la cruzada, y al efecto escribió varias cartas á los príncipes cristianos para inducirles á que tomasen parte en tan grande empresa, á la cual, á pesar de las ofertas del Emperador de Constantinopla, parecía llevarle principalmente el deseo de liberar á los Santos Lugares de la dominación musulmana, como claramente se ve por una de sus cartas en que se lee: «Nuestros padres visitaron con mucha frecuencia esa tierra sagrada para consolidar la fe católica, y también nosotros, sostenidos por las oraciones de todos los cristianos, iremos allá á defender nuestra fe y nuestros hermanos, luego que nos abra el camino la gracia de Jesucristo, porque el camino de los hombres no está en manos de estos, sino que es el Señor quien los guía.» La voz del Pontífice no se perdió en el desierto; muchos fueron los príncipes cristianos que ofrecieron su auxilio, muchos los soldados que aprontaron sus armas decididos á partir bajo el mando del mismo Papa que se disponía ir en persona al frente de sus ejércitos, como se deduce de otra carta en que escribe: «Más de cincuenta mil son ya los que se preparan, y desean, si me pueden tener por caudillo y pontífice en la expedición, levantarse en armas contra los enemigos de Dios y llegar hasta el mismo Sepulcro del Señor.»

La empresa, sin embargo, quedó en proyecto. El atribulado pontífice vió otra vez suscitadas contra sí las iras de aquellos que se habían sometido á su obediencia, y murió errante, fuera de la capital del mundo cristiano, con la conciencia tranquila del que ha obrado bien, pero con el alma llena de amargura al ver los padecimientos de la Iglesia. Indudablemente él hubiera sido el pontífice de las cruzadas á no mediar las diferencias de las investiduras, que convirtieron la vida del Pontífice en vida de incesante lucha. Pocos hombres como él han conocido su tiempo, el estado de los pueblos. No era posible, pues, que desconociera que en la Europa de su época, existía un cúmulo de energías que, faltas de dirección y orden, se malgastaban en luchas estériles: quizá al organizar la Cruzada pretendía dirigir las y encaminarlas á un solo punto, á una empresa gloriosa y magnífica, de la cual no solo debía salir quebrantado, y más que quebrantado, roto el poder musulmán que amenazaba á Europa por todas partes, liberado el Sepulcro del Señor, y magnificado, cubierto de prestigio y fuerza el pontificado, que con aquella empresa, y á tener esta el deseado éxito, se hubiera convertido en centro de atracción de todas las naciones de Europa.

La idea de las cruzadas, sin embargo, no se abandonó por completo: